

“ La intromisión norteamericana en los asuntos internos de Cuba devino en un trauma nacional que impulsó las revoluciones de 1933 y 1959 y que aún no hemos saneado ”

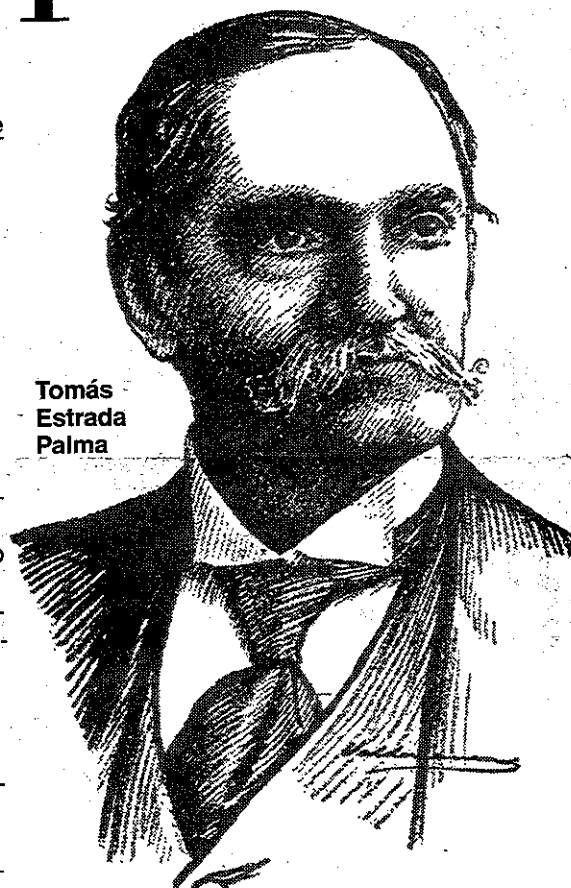
# La república civil

Marifeli Pérez-Stable

La República cubana se inauguró el 20 de mayo de 1902 bajo la sombra de la Enmienda Platt. Con recelo pragmático, nuestros fundadores aceptaron el apéndice a la Constitución de 1901 que le concedía a Estados Unidos el derecho de intervención: rechazarlo equivalía a renunciar a la república ya que, sin él, Washington difícilmente hubiera levantado la ocupación. ¿Qué duda puede haber de que ese apéndice era una cortapisa a la soberanía y transgredía las más altas expectativas del independentismo? No obstante, cuando la bandera de las cinco franjas por fin se izó solitaria sobre el Morro, la isla entera retumbó de júbilo. A pesar de todo, la república nació y los cubanos éramos, por primera vez, libres.

La intromisión norteamericana en los asuntos internos de Cuba devino en un trauma nacional que impulsó las revoluciones de 1933 y 1959 y que aún no hemos saneado. La primera república también nos dejó otro trauma – éste, netamente criollo – que tampoco hemos resuelto: la incapacidad de regirnos civil y cívicamente. El independentismo se erigió sobre un credo republicano que valoraba la democracia tanto como la soberanía y, por tanto, Cuba sería libre, no sólo desatando el yugo colonial, sino también apartándose del despotismo, la arbitrariedad y la corrupción de los capitanes generales. La joven república se alejó de la tradición independentista no sólo porque la Enmienda Platt condicionó su soberanía sino también porque los políticos le dieron la espalda a los ideales civiles y cívicos que se habían enarbolado contra España. Su mala actuación menoscabó a Cuba libre tanto como los entrometimientos de Washington.

Y es que la Enmienda Platt cobró fuerza desastrosa sólo en 1905-1906. Hasta entonces, el buen gobierno de Tomás Estrada Palma la había mantenido en relativo suspenso. Pero en 1905 el presidente y sus allegados del Partido Moderado optaron



Tomás Estrada Palma

por la reelección a toda costa a fin de impedir lo que parecía inevitable de ser limpios los comicios: el triunfo del Partido Liberal. Las triquiñuelas oficiales y el posterior alzamiento de los liberales en 1906 abocó a la república al abismo de la intervención. La primera gran crisis republicana develó un mecanismo perverso: tanto liberales como moderados apelaron a la Enmienda Platt con el fin de lograr los oficios de Washington a su favor. Algunos políticos norteamericanos lo habían advertido: la enmienda podría abrir una caja de Pandora de intervenciones interminables. Y así fue: el consabido apéndice constitucional poco ayudó a sentar la estabilidad política en la República que era lo que perseguían sus progenitores. La segunda ocupación – decretada a regañadientes por el presidente Teddy Roosevelt – saldó la crisis inmediata de 1905-1906 aunque se trataba de un conflicto entre cubanos que recla-

maban una solución cubana.

Triste pues que, en efecto, la historia pudo haber sido otra: Liberales y moderados no eran completamente ajenos al inminente peligro que una intervención entrañaba: la república podía perderse. Además era imperioso darle al mundo una imagen serena de la joven nación en su primera crisis: había que llegar a un acuerdo. Y así fue – fugazmente. Liberales y moderados pactaron el fin de las hostilidades a cambio de una nueva ronda de elecciones. Todo parecía resuelto cuando Estrada Palma retiró su consentimiento y provocó la ocupación. Triste también es que, al preferir entregarle el país a Estados Unidos antes que el poder al Partido Liberal, don Tomás comprometió ante su pueblo y la historia una honradísima vida de labores patrióticas. Pero lo más deplorable fue el haber perdido la oportunidad de haber sentado una cultura política de transacciones y de haberle dado, como consecuencia, otro giro a las relaciones con Estados Unidos. La joven república falló en el momento crítico de toda democracia en ciernes: el traspaso pacífico del gobierno a la oposición. Más gravó a Cuba la incapacidad civil y cívica de los cubanos en 1905-1906 que la propia imposición de la Enmienda Platt en 1901.

Los dos traumas de la primera república siguen pesando sobre nuestra política. Tarde o temprano nos enfrentaremos con los mismos retos que truncaron a los fundadores: el buen gobierno y las relaciones normales con Estados Unidos. "El civismo es la manifestación definitiva de la independencia consolidada", decía don Manuel Márquez Sterling. Civismo, entre otras cosas, es aprender a cantar victorias parciales y, claro está, saber perder. Si así fuera, los cubanos seríamos verdaderamente libres. Habrá que ver si, por fin, atinamos.

*Marifeli Pérez-Stable se encuentra en la Universidad Internacional de la Florida (FIU) durante el año 2000 bajo los auspicios de la National Science Foundation. Prepara una historia política de la República cubana.*